

todo en estas de estómago, por ser aquella época la en que Rusca dió a conocer su procedimiento operatorio, que empleábamos en el Hospital constantemente.

Describí la región, empecé la descripción de procedimientos operatorios por la pilorectomía, con uné, por el procedimiento de Sen de los discos oseos descalificados y así llegué al procedimiento de Rusca que describí con todo género de detalles, contingencias operatorias, ventajas, complicaciones, etc; Cuando hube terminado me preguntó Arpal.

—De dónde ha venido V.?

—De Madrid? —contesté

—¿Está V. en alguna Clínica de Cirugía?

—Si señor, soy ayudante del Dr. Beruero.

—Pues tome V. y sea enhorabuena, que ya puede manejarse solo, —me dijo dándome la nota.

La recogí y emprendí contento, y satisfecho la retirada; pero cuando llegaba a la puerta para marcharme, me llamó; salió conmigo; me dijo que cuando entró en clase llevaba intención de suspenderme, no pudiendo suponer que fuera tan bien preparado; me citó para por la tarde al café para ir a enseñarme su clínica; al pasar por la calle de Alfonso compró dos butacas para el Teatro Circo, una para cada uno; estuvimos juntos toda la tarde, fuimos a ver la Clínica; estuvimos en el Teatro, siendo el asombro de una porción de estudiantes y cuando después de la función nos despedimos, me ofreció su amistad diciéndome:

—No soy tan malo como dicen, ¿verdad?

—¡Qué ha de ser V. malo! —contesté.— Conmigo ha sido usted un santo. No olvidaré nunca lo que debo a usted.

—A mi nada. A usted. Si todos fueran como usted, como con usted procedería yo con todos.

Confieso que me conmovió profundamente el hecho de dar aquellas innecesarias explicaciones un profesor a un alumno completamente desconocido para él.

¡Había tal sinceridad en sus palabras! ¡Se dibujaba tan claramente en su semblante, la amargura que indudablemente le producía, ser tan mal comprendido y verse tan mal juzgado, por el enorme delito de cumplir con su deber!

Desde aquel momento sentí hacia aquel profesor tan noble y caballero, tan profunda admiración y tan respetuoso cariño, que fué constante anhelo en mi poder corresponderle. Al llegar mi examen de licenciatura pedí ser examinado por el Tribunal en que él actuase, lo que me fué concedido. Naturalmente, jeso no lo pedía nadie. No se si por orgullo o por gratitud quería demostrarle que seguía siendo digno de él. Acaso él también para convenirse, procuró explorarme una vez mas, pidiéndome, hiciera un estudio comparativo entre la traqueotomía y la intubación.

Cuando hube terminado, después de decir todo cuanto sabía y había visto, me tendió la mano, diciéndome: *No me había equivocado. Enhorabuena compañero.*

Y de este modo, entre los arrullos del Ebro, las armoniosas y sentimentales notas de la jota y la celestial majestad y angelical simpatía de la Pilarica, *emergi* al mundo de los médicos; no habiendo podido olvidar desde entonces, aquella última escena de mi vida estudiantil.

¡Qué diferencia, entre el comportamiento que conmigo tuvo aquél sabio ilustre a quien *yo se lo debo todo*, y el que han tenido después muchos que, *me deben a mi la vida!*

Menos mal que todo lo doy por bien empleado, al recordar con orgullo que... ¡¡¡mi primer compañero fué Arpal!!!

H. DOMINGUEZ.

UN CONSEJO

¡Oh, jóvenes Doctores!
¡noveles Licenciados
que a un pueblo o un villorrio
dirigís vuestros pasos
repietos de ilusiones,
hinchidos de entusiasmos
y buenas intenciones
y gran amor cristiano.

Si hacéis el equipaje
con ese fin tan sano,
rellenad de paciencia
un saquito de mano
(que, a mano, a todas horas
habréis de conservarlo).
para luchar, sin tregua,
contra el colega malo.

Ya pasaron los tiempos
(más fingidos que exactos)
de la *piz de la aldea*
que los poetas cantaron.
Ya pasaron aquellos
cuentos que nos contaron
nuestros padres y abuelos,
(y que eran cuentos tártaros)
de médicos de pueblo
que, con el boticario,
el cura y el maestro,
la vida se pasaron
de caza y de tresillo,
o de tute arrastrado,
jugando a carambolas
o al *vil mus* ilustrado.

Ahora, la vida es otra,
Ahora, el médico honrado,
lucha, constantemente,
(*Si no está federado*)
contra el *compañerito*
que, creyéndose un sabio,
censura y desaprueba
todos aquellos actos
que, cualquier compañero,
tuvo que realizarlos
porque así, su conciencia,
se lo había ordenado.

Y habla en público, a voces
y gritos destemplados
de *ésias, ósias y úsais,*

porque le crean sabio
una media docena
de paletos huraños,
con el Alcalde al frente
y el Cacique nefasto,
a quien es quita motas,
con un fin nada sano,
y estira las levitas
y les lame... la mano.

Así pues ¡oh noveles
doctor y licenciado,
que a un pueblo o un villorrio
dirigís vuestros pasos,
¡no hagáis el primo! y antes
que nada, *federaos*,
que es el único medio
de que, el paleta huraño,
con el Alcalde al frente,
y el Cacique nefasto,
con el *compañerito*
que se cree *ultra-sab o*,
no os hagan la *ultra-cusca*
sin poder evitarlo.

Si después de este aviso
tan desinteresado,
no seguís mi consejo
y no váis *ipso facto*
a uniros, a los muchos
que ya están federados,
si os hacen charranadas
pues entonces... ¡¡¡chinchaos!!!

DR. CAUTERIO.

Se suplica la reproducción en todos los periódicos profesionales.

Publicado con Censura

Un síntoma de la enfermedad de España

Previo acuerdo común, nos reunimos hace días en Madrid, en el Café del Prado, varios amigos, habiendo convenido tener la reunión en este sitio por la plácida tranquilidad que en él reina, muy aparente para no ser molestados en el asunto que los directamente interesados habían de tratar.

Ajeno a la conversación de los allí reunidos, dirigí la mirada en derredor, tratando de escudriñar tanto el local como sus concurrentes, cuando de repente se detuvo mi vista ante la presencia de un anciano que, entre sorbo y sorbo de café, leía tranquilamente un periódico. La presencia de aquella venerable figura, robusta aún, aun vigorosa a pesar de los años, y las circunstancias que le rodeaban, hizo retroceder mi pensamiento algunos años atrás, haciéndome reflexionar también sobre el presente.

Nadie molestaba al anciano lector, nadie se fijaba en él, acaso no le conociera nadie: tal vez fuera yo el único que le conocía, el único capaz de admirarle, el único que ante la contemplación de la soledad e indiferencia